

Los desestabilizadores y sus fantasmas

Lo que ya se insinuaba en las sombras del inocente y legítimo reclamo de Blumberg viene aflorando con fuerza en los últimos meses de esta primera mitad del año. Los sectores tradicionales beneficiados en el apogeo del neoliberalismo, con algunos rostros nuevos en el terreno político como López Murfhy y Patricia Bulrich y otros viejos en los medios de prensa como Mariano Grondona, Hadad o Majul en Buenos Aires, han comenzado a mostrar las uñas para desestabilizar a un gobierno que se ha mostrado firme en algunas políticas, pero arrastra deudas hacia la sociedad en materia económica. El fantasma de la violencia unido al reclamo de mayor seguridad represiva ha sido agigantado para acorralar al Presidente Kirchner y hacerlo retroceder en los intentos de una nueva política. El asesinato del dirigente social de la CTA, Martín "Oso" Cisneros, en Buenos Aires apareció como un hecho de provocación para instalar un clima de violencia. La derecha tradicional con los sectores del peronismo bonaerense que temen perder sus cuotas de poder, se han esmerado en debilitar el crédito que, a pesar de ello, hasta el momento conserva el Presidente de la Nación. Para ello han recurrido a la mano de obra policial que viene siendo desplazada luego de verificarse el entramado con la industria de los secuestros. En igual sentido debe entenderse el episodio de los casetes en relación a los atentados de la AMIA, que dejó en ridículo al Presidente de la Nación.

Algunos hechos con repercusión nacional como la violenta protesta en Capital Federal contra las Reformas al Código de Convivencia con la llamativa ausencia de presencia disuasiva de la policía reveló también que desde dentro del mismo gobierno nacional hay quienes responden a un proyecto diferente. El pedido de renuncia al Ministro de Justicia Gustavo Béliz debe entenderse en este contexto. Pero Béliz no es el único. Así como éste arrastra su pasado menemista, el Ministro del Interior Aníbal Fernández tiene su historia duhaldista, que no es un dato menor si se contabilizan los conflictos del Presidente Kirchner con su propio partido. Y aunque de perfil bajo no

debe obviarse al vicepresidente Scioli, que sigue tejiendo con los gobernadores neoliberales, una sorda y agazapada oposición. En este contexto adquiere significación política la mentada reunificación de las cúpulas de la CGT. Cuando parecía que habían olvidado su responsabilidad, se acordaron que los trabajadores tienen problemas, incluso se habló hasta de los desocupados, que nunca figuraron en sus discursos. Y nadie olvida el rol del sindicalista Hugo Moyano que respondiendo a los manejos del expresidente Duhalde levantó un paro porque llovía. También en otros sectores sociales están los que con un discurso de izquierda son sospechosamente funcionales a la derecha. Claro exponente es Raúl Castels, el dirigente piquetero que no mostró el mismo fervor combativo cuando concurrió a Córdoba para ser recibido por el Gobernador neoliberal De la Sota, quien además lo acompañó como ilustre visitante a los nuevos barrios periféricos en los que el gobierno ha concentrado a los villeros para sacarlos de su hábitat natural, que "afean" la ciudad.

Ante el justo reclamo de los empobrecidos que se expresa en las calles, muchas veces aprovechado mezquinamente por algunos sectores políticos, el presidente Kirchner ha definido una política de diálogo. Y no es un dato menor la inédita y expresa prohibición a las fuerzas policiales del uso de armas de fuego, que constatada la desobediencia significó el inmediato relevo del Jefe de la Policía Federal.

Claro que con esto no alcanza. Porque el problema de fondo que afecta a amplias franjas de la sociedad sigue sin resolverse. Y esto significa abordar la necesidad de un proyecto productivo, que reactive el mercado interno y genera puestos laborales, abandonando el rol hegemónico que con la gestión del Ministro Lavagna se le ha asignado al sector exportador. Por cierto que esto le genera divisas al estado nacional y muchos de esos recursos se destinan al gasto social. Sin embargo un desarrollo genuino exige un proyecto diferente. Probablemente el proyectado plan de obras públicas contribuya en este sentido.

La discusión entre el gobierno nacional y

las provincias por los fondos coparticipables forma parte de la urgencia política de recomponer el rol del estado nacional, descuartizado en la era menemista. Sin embargo a un buen número de gobernadores, que manejan sus provincias como feudos, no les disgusta esta desintegración porque usan el poder local para perpetuarse en sus cargos. Basta constatar las sucesivas reelecciones provinciales para confirmar esta sospecha. Por eso en el debate sobre la coparticipación hay que diferenciar la necesidad de posibilitar un mecanismo para igualar los derechos ciudadanos de todas las provincias, en el marco de la reconstitución de un único estado nacional, con la mezquina postura de los gobernadores que usan aquella circunstancia para consolidar sus propios espacios de poder. Sabor a esto tuvieron las actividades en Córdoba de la denominada Región Centro, que integran nuestra provincia, Santa Fe y Entre Ríos.

Se trata no sólo de la integración nacional que - también aunque no sólo - se expresa con una política que fortalezca y referencie al estado nacional, sino que se necesita avanzar en la integración latinoamericana, donde los lazos del Mercosur se han ampliado en el terreno político, abriéndose a otros países en los que ha avanzado el proceso popular.

En este sentido, en nuestro país hace falta un mayor involucramiento de los movimientos sociales. Buen síntoma es la campaña de firmas en contra del ALCA, pero todavía existe demasiada ceguera que impide ver la fuerza social de los movimientos si se articulan no sólo en demandas concretas sino afirmando un proyecto común. No es posible crecer en democracia participativa sin este involucramiento y esta articulación. El gobierno nacional por otra parte debe favorecer esta perspectiva, aunque sin caer en la tentación de la cooptación política, que debilitaría tanto a la sociedad civil como al gobierno. Esto hoy es una necesidad urgente para impedir el avance desestabilizar de los antiguos sectores hegemónicos, donde también hay que contabilizar la postura de algunos obispos de la iglesia católica, como el arzobispo de La Plata, Aguer, que se acordó ahora de los pobres, luego de ofrecer la millonaria suma de pesos para garantizar la libertad de Trusso, encarcelado por maniobras financieras fraudulentas



Martín "El Oso" Cisneros, del Comedor "Los Pibes" y de la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV).

en el Banco donde se manejaron dineros de encumbrados miembros del episcopado bonaerense. El arzobispo Aguer no fue un solitario. Cuando el Presidente Kirchner le recriminó la falta de consustanciación con la causa de los pobres, hubo una respuesta de buena parte de la corporación eclesiástica. Siguen siendo minoría en el episcopado los obispos identificados con las causas populares. Y los recientemente designados acentúan la hegemonía conservadora. El ejemplo más claro es Eduardo Taussig, de San Rafael, Mendoza, que pertenece al ultraconservador IVE, Instituto del Verbo Encarnado, así como el de San Juan es miembro

del Opus Dei. En esta línea, el episcopado argentino aparece centrando esfuerzos en restaurar la disciplina interna - siguiendo las directivas romanas - para fortalecerse como factor de poder. Así se entienden los pronunciamientos en lenguaje apocalíptico de algunos voceros - como Mons. Castagna - que no usaron en los tiempos dictatoriales, cuando las bestias devoraban corderos o cuando se recibían las prebendas dinerarias del menemismo, como en el caso de Mons. Ogneñovich. Según las caprichosas interpretaciones del derecho canónico esto no constituía "escándalo para la conciencia de los fieles", como sí lo fueron las revelaciones de las experiencias sexuales de algún sacerdote, al publicar sus memorias.

Mientras tanto el pueblo que se siente actor y esa inmensa mayoría acostumbrada todavía a ser espectadora, mantiene una expectativa que no siente frustrada, aunque experimente en carne propia las carencias que subsisten. No deja de ser esto un signo alentador, en la medida que revela una comprensión de la situación política y no se quiere arriesgar en aventuras que le han costado dolores y sufrimientos. La apuesta de las mayorías sigue siendo a la democracia, dejando que los agoreros agiten sus fantasmas en soledad. Sin menospreciar los juegos políticos de las trastiendas, habrá que seguir apostando al debate abierto para despertar la conciencia participativa, a la consolidación de las organizaciones sociales y a la construcción de nuevas formas políticas que, rompiendo los viejos vicios, hagan creíble la utilidad de la política como aseguradora del bien común.

Córdoba, agosto 2004
Luis Miguel Baronetto